

Comunidad y multitud

JOSÉ CORTS GRAU
Universidad de Valencia

Normas de tiempo, que no quisiera infringir, me obligan de antemano a cortar perspectivas al tema.

Ya en su enfoque habríamos de abordar la cuestión de las crisis políticas, y ver cómo éstas son proyección de eso que viene llamándose la crisis actual. Crisis notoria. ¿Más grave que las de otras épocas? Quizás convenga desechar, hasta en esto, toda manía de grandezas. Estamos ante la crisis humana, radicalmente humana, desde que el mundo es mundo, que sangra por cualquier siglo que hagamos la incisión. Sino que, conforme este mundo envejece, le ocurre lo que al hombre: que pesan más los años y arrecian los achaques. En cada momento histórico sentimos agolparse, y cada vez más abrumadora, la problemática universal. Insisto, como en la vida de cada uno de nosotros: por cualquier herida parece afluir toda la sangre del torrente circulatorio, por cualquier malecillo llama con sus latidos de urgencia el corazón y amenaza escapársenos el alma.

Luego de aquel apólogo donde, en el *Protágoras*, nos cuenta Platón cómo fué dada a los mortales la justicia, formula un principio en el que viene a cifrarse el espíritu clásico: "Toda la vida del hombre ha menester de número y de armonía". No hay ente sin su ley y su canon, ni idea sin su arquetipo, ni vida humana sin su norma axiológica. El pensamiento gentil alcanza aquí su cima. El pensamiento cristiano, con San Agustín, lo levanta en vilo, y un día Santo Tomás, serenamente, sin gestos ni bastardillas, apurando las expresiones por pura pasión de objetividad, declarará que todo el orden del Universo y de sus causas debe grabarse en el alma, viniendo así el hombre a participar de la Ley Eterna. Participación, no sometimiento ciego. Participación, con toda la dignidad y todo el riesgo que cualquier defección entraña.

Pues bien, en cuanto olvidamos la sentencia platónico-cristiana, surge la crisis: es decir, la desintegración, el desconcierto con que los hombres pagan el desdén o la usurpación de lo Absoluto. Por ahí, por la magnitud de esa ruptura, y no por las catástrofes más o menos ruidosas, es por donde hay que calibrar, desde la puerta misma del Paraíso, las crisis históricas. Las violencias exteriores son mero estallido lógico de un desorden más profundo. Las luchas cruentas, la destrucción material serán, sin duda, muy sensibles y servirán para que hasta los sordos oigan, pero de suyo estaban ya implicadas en una previa guerra interior. La desintegración misma de la materia todos sabemos que de suyo no es ningún mal: lo es ahora porque ha llegado implacable, tras la desintegración del espíritu, tras un desalmarse los hombres.

Me ciño a registrar estas consideraciones elementales como punto de partida, porque le duele a uno empequeñecer o escamotear con formalismos y tecniquerías los problemas humanos, y voy derechamente a mi tema.

La clave de muchas anomalías actuales, en los ámbitos nacional e internacional, es la situación amorfa de la mayoría de los pueblos. Nos resulta cómodo seguir manejando la terminología clásica, pero advertimos que la realidad es incongruente con los esquemas clásicos. Así, hablamos de naciones, y fuera más exacto hablar de multitudes, que mantienen por inercia ciertas estructuras formales, pero vaciadas de auténtica convivencia, de esa comunión de verdades y de ideales, de esa unidad de estilo y de destino que, dentro de la universalidad subrayada por nuestros grandes internacionalistas, caracterizan al verdadero pueblo. Aparte el hecho flagrante de que en el mundo actual hay sedicentes naciones que son grandes campos de concentración y de que la guerra dejó a algunos pueblos con más carga de resentimientos que de ideales, entiendo que nos hallamos en la culminación de un proceso multitudinario, al que la postguerra dió singular patetismo, pero cuyo arranque data de mucho tiempo.

Por un lado el relativismo ético-jurídico determinó una doctrina política alicorta, que ha profesado una noción negativa del orden, nacida de un sentido negativo de la libertad y de la verdad. En este clima se llega a una situación indeciblemente más angosta que la perplejidad o la duda: el encariñamiento con la perplejidad, el montaje

de una filosofía donde la inquietud no es ya un resorte ni una fase, sino un estado de ánimo elevado a angustia metafísica.

“El tedio —nos ha dicho M. Heidegger en *Was ist Metaphysik?*— va empapando las simas de nuestra existencia como una niebla silente que lo nivela todo, las cosas y los hombres, y el paisaje interior”. Pero lo cierto es que el espíritu no puede nutrirse de su propio estremecimiento, sino de verdades. Frente a la norma clásica de tornar racionales por participación aún nuestros estratos inferiores; ¡cuántas veces en filosofía y en política, nos empeñamos en teñir de una acomodaticia dialéctica, remotamente parecida a la razón, nuestros sentimientos e instintos! Por ahí parece que se iniciaron todas las decadencias.

Prescindo ahora de contrastar posiciones. Me limito a advertir que en todo fraude político hay un previo fraude ideológico; que si la filosofía cicatriza en falso, en falso cicatrizará también la política; que no cabe auténtica preocupación política —*ut inhaerentes veritati, juste vivamus*— con despreocupación por la verdad; que lo político es puro juego, de hechos o de términos, para quien juegue con la justicia, y la justicia uno de tantos conceptos equívocos para quien no vea en ella un *agere veritatem*.

Por otro lado, el individualismo político fué desmontando la natural inserción del individuo en las instituciones, hasta sustituir la dualidad “Individuo-Institución” por esta otra: “Individuo-Estado”. Con lo que de pronto el Estado apareció, no como la institución política al servicio de la integridad de la patria, sino como personificación del orden jurídico total; y los individuos acabaron reducidos a números, a elementos aritméticamente iguales, y fungibles, de una serie, cuyo desarraigo institucional los dejaba a merced del Estado.

La escalofriante definición del hombre, atribuída al comunismo: “la unidad resultante de dividir un millón por un millón” es netamente demo-liberal. El comunismo se ha limitado a desarrollar, con su magnífico desenfado, una fórmula que arranca de la confusión entre igualdad específica e igualdad individual, y que, a fuerza de cortarle sus raíces, provoca la despersonalización del hombre.

Esta despersonalización implica un desmoronamiento interno, un secarse la savia social. Tiempo ha que se dijo que los pueblos están heridos de muerte porque está herido de muerte el individuo. “Lo que hoy reconocemos como orden y fijamos en constituciones libe-

rales —escribía Spengler en *Años decisivos*— no es más que una anarquía hecha costumbre”. Spengler no descubre aquí nada que no hubieran denunciado ya nuestros grandes pensadores del siglo XIX: por citar sólo uno, nuestro Donoso Cortés cuando entreveía el marxismo como el término lógico de la desintegración liberal.

Conviene recordarlo cuando porfiadamente se nos presenta al comunismo como el *Deus ex machina*, a quien culpar *a priori* de todos nuestros males. Tópico demasiado fácil y, por supuesto, inexacto. No es el peligro comunista el que determina la situación caótica de un pueblo, de un continente, de un mundo; es esta situación caótica la que, al cabo de un proceso secular, precipita al contacto de aquel reactivo y presta dimensiones apocalípticas, por nuestro atroz desvalimiento moral, a la amenaza comunista.

Pues bien, en semejante trance la salvación no puede venir de donde vino el mal. En semejante trance, que no es el primero en la historia, necesitamos:

a) Una ideología clara que nos dé ideales. Ideales sin ideas son puro enjuague de la imaginación. Un fortalecimiento de las normas éticas, un asimiento del hombre a la Ley Natural, porque esta vinculación a lo absoluto, que parece de pronto pérdida de la autarquía, es la raíz misma de nuestra libertad. ¿Que para esto se necesitan principios rotundos sobre la naturaleza, fines y destino del hombre? Naturalmente: ¿espera alguien acaso que, sin ponernos de acuerdo sobre el hombre, nos pongamos un día de acuerdo sobre las normas de convivencia humana?

¿Que para esto se requiere saber que el hombre es mucho más que mi “yo y mi circunstancia” flotantes en la pura Historia? Por supuesto: porque la circunstancia entra en mi vida; pero en mi yo gravita mi naturaleza, mi raíz y mi destino; más claro, Dios, y es difícil que, sin entendernos previamente con Dios, nos entendamos alguna vez los hombres.

b) Necesitamos, además, instituciones fuertes entre el individuo y el Estado, conforme a un principio fundamental apuntado ya por Aristóteles frente a Platón. Porque son esas instituciones sociales las que mantienen el equilibrio político a despecho de toda mudanza; y porque, lejos de relajar los vínculos entre el hombre y la comunidad política, vienen a fomentarlos y estrecharlos. Pensemos en la familia, en el gremio, en la misma Universidad.

Refuerzo de la personalidad y refuerzo de las instituciones. Cualquier otro camino conduce, incluso bajo formas aparentemente orgánicas, a un desenlace multitudinario. Un ejemplo.

Ciertos regímenes trataron de atajar en determinados pueblos la desintegración, reforzando la autoridad. Sin pretender salvar ahora la desesperante superficialidad con que la pasión ha esgrimido los términos —como si las palabras sirvieran ya sólo para herirnos, y no para entendernos—, hay que reconocer en aquellas formas totalitarias una política inicial de urgencia, la liberación a todo evento de un despotismo acéfalo, que había envilecido al pueblo reduciéndolo a masa, y al hombre a un fragmento anónimo de la misma.

En un principio parecía obvio el remedio. Incluso, según se encarnaba la lucha, afianzándose en los otros, sin más distinciones, la mentalidad y hasta la ilusión dictatorial. Pero pronto cupo ver los fallos. Aun al margen del desastre bélico, las formas consagradas del fascismo hubieran fracasado por su fondo pragmático, por su empeño en forjar una dogmática y una mística panteístas, donde el Estado absorbía al hombre, y por haber mitificado las instituciones sociales, recreándolas artificiosamente.

El afán de unidad llevó a pretender la uniformidad, y siguióse operando sobre masas, y *masificando* a las gentes mediante el símbolo fácil, con programas y gritos tan simplistas, al cabo, como los de la Revolución Francesa. Los observatorios siguieron registrando movimientos pendulares extremos, polarizaciones efímeras, disgregaciones poligonales, todo el cuadro clínico de los grupos multitudinarios. Porque la autoridad, a despecho de las apariencias, cerníase sobre una multitud: uniformada, pero multitud; dispuesta a una alborotada unanimidad transitoria cuando el jefe pulsaba ciertos resortes primarios, pero dispuesta a la desbandada en cuanto esos resortes o ese jefe desaparecieran.

El Estado tendía a restaurar las instituciones; pero la extremada tutela acababa prestando a esas instituciones una fortaleza ilusoria y convirtiéndolas en una rueda más de la maquinaria política... ¿Cómo recurrir luego a ellas, en el trance crítico, si no tenían otra raigambre que la de ese mismo Poder que iría en ellas a ampararse? Otra vez los medios convertidos en fines. Otra vez la sustancia social sacrificada a la forma en su más tosca acepción: la fuerza. Y así fuimos viendo cómo cundía la tónica del mínimo esfuerzo y menguaba

el sentido de la responsabilidad, cómo se confundían torpemente la disciplina y el apisonamiento del individuo, cómo quedaba relegada al olvido una noción clásica, la de lealtad —lealtad para la obediencia, lealtad para la censura—, hasta resolverse todo por la tremenda, sin términos medios entre la adulación servil y el atentado personal.

Así fuimos viendo cómo al emplazamiento viril sucedía el chiste y el chisme, de estirpe feminoide, y cómo el servicio degeneraba en burocracia. Burocracia que no consiste en que haya muchos o pocos funcionarios, sino en que éstos pasen de servidores a dueños, perdida la conciencia de su función.

Este totalitarismo burocrático, disfrazado de corporativismo, tenía que ser funesto porque corroía la personalidad y las instituciones, escamoteándole al Poder los verdaderos problemas. Lo cual, de momento, no dejaba de resultar cómodo; pero entrañaba un riesgo fatal: que, desvitalizadas las realidades sociales, el Estado, exangüe, sin pena ni gloria, se iba disipando.

Claro está que al extremo de pura multitud no se llega, porque siempre quedan vinculaciones naturales, huellas de autoridad, estelas de tradición que neutralizan de algún modo la desbandada. Así como tampoco se alcanzará un estado de comunidad perfecta, pues siempre restan deshilachaduras, fuerzas extravagantes, análogamente a lo que ocurre en la vida individual: que en el hombre más firme y disciplinado forcejean impulsos prestos a romper, al menor descuido, su equilibrio, o por lo menos a enturbiar su serenidad.

Hoy el comunismo maniobra impunemente, entrándose por las brechas multitudinarias, expatriando a quienes ya se sentían sin patria, y utilizando los restos de una terminología equívoca: democracia, igualdad, libertad, a beneficio de inventario, en un mundo que sólo parece tener ojos y oídos para lo inmediato, una sensibilidad instintiva que provoca uniones a la desesperada, uniones donde las gentes se apretujan lana contra lana a contagiarse su temblor, donde hay de todo menos unidad, donde sólo cabe avanzar a fuerza de soslayar problemas.

¿Podrá superarse la crisis desde aquel ángulo relativista y egocéntrico, desde ese clima de anarquía mansa? ¿La conjuraremos desde ese otro individualismo epicúreo, cuyo materialismo burgués no es menos repugnante que el marxista? No. Precisa ir discerniendo los ámbitos nacionales y el internacional, sin pretender que la universa-

lidad humana borre las nacionalidades, a una comunidad de signo positivo, con verdades, normas e ideales comunes, donde la personalidad humana actúe enérgicamente, con esa energía cuyo grado supremo no es sólo el mando, sino la abnegación. ¿Que para ello es necesario volver a empezar, instaurar de nuevo el orden, iniciar un año sabático del que los conceptos excesivamente manoseados salgan otra vez nuevos y operantes? ¡Pues claro! Pero, por mucho que ello cueste, siempre será preferible a cicatrizar en falso.

Instaurar de nuevo el orden. Subrayo la expresión porque frecuentemente se habla de la necesidad de un orden nuevo. Entiendo que el orden ni es nuevo ni viejo, es eso, el orden, perennemente renovado, pero con unas raíces eternas, más allá de toda vejez y novedad.

Supongo que nadie pensará en un programa de fosilización, que nos instale en un hueco al margen de la historia. Todo lo contrario. Tan sólo el hombre que haya echado raíces de eternidad llegará a ser hombre de su tiempo y apurará su conciencia histórica, porque la historia, como el hombre, sólo avanza y sólo es comprensible *sub specie aeternitatis*. La eternidad no soporta medidas temporales, pero nuestro tiempo y nuestro ser se miden y proyectan en la eternidad. Y en los trances culminantes —no precisamente los más aparatosos— de nuestra aventura vital, todos sentimos cómo lo temporal y lo eterno laten isócronos en nuestro corazón. Lo demás no sería vivir sino flotar a la deriva.

Temen algunos que en política la vivencia de verdades inmutables reste clarividencia y agilidad para los problemas cotidianos. Para ahuyentar este temor pueril, más exacto, senil, bástenos considerar un hecho del que cada cual tenemos nuestra experiencia. Cuando nos acucia una grave cuestión vital, no solemos recurrir a quienes viven demasiado al día, sino a algún claro varón de vida interior que logró anclar bien hondo para que no le arrastrara la corriente. ¿Quién no quedó pasmado alguna vez ante el diagnóstico y el pronóstico de esos hombres que, por haber sabido reducir sus turbulencias, de pronto parecen ajenos a toda problemática humana, y luego escrutan hasta el último plexo nuestro caso? No, no padece la prudencia política ni la sensibilidad histórica por la vivencia de los principios inmutables, porque la inmutabilidad de los principios se proyecta con maravillosa elasticidad sobre la contingencia. Si la vivencia de lo eterno impidiera

auscultar y discernir lo histórico, comprenderéis que el supremo des-pistado sería el propio Dios, en las alturas de su Providencia.

Reajustemos ahora estas consideraciones de cara al hombre, para calibrar su inserción en la comunidad, concretamente en las nacionales.

La luz natural permitióle ya al pensamiento helénico fijar las razones de la sociabilidad humana y de la autoridad. Cualesquiera pasos quedan afectados por esa proyección social que se nos ahinca en la soledad misma. Antes de que la filosofía actual insistiese en que la existencia humana es fundamentalmente coexistencia, nuestro Séneca, en uno de sus momentos naturalmente cristianos, había sentenciado: "*Membra sumus corporis magni. . . Alteri vivas oportet, si vis tibi vivere*". Hasta el ansia de inmortalidad en unos y el apego a la vida en otros, implican una supervivencia traspasada de convivencia: nadie suspira por una inmortalidad exclusiva; nadie se avendría a quedarse solo acá, aunque hallara resueltos por arte de encantamiento todos sus menesteres.

Ni creamos tampoco insociabilidad lo que no suele pasar de sociabilidad extravagante o herida. Hasta el misántropo que se retrae de los hombres no puede menos de llevarse, más o menos conscientes, más o menos fraudulentas, un lastre de vivencias que trascienden de su seca individualidad. Las mismas situaciones multitudinarias, al provocar la inhibición, sin duda provocan un aumento en el número de los retraídos, de los excéntricos, de los que se quedan "hablando solos": lo cual, en fin de cuentas, no es sino la profunda y un tanto desesperada expresión de nuestra sociabilidad. De ahí también que surjan trances en que el silencio y la soledad resulten más sociales que el coro y la presencia. "Tú no sabes cuál de tus prójimos es el que más influye en ti —escribía nuestro Unamuno—, pero puedes asegurar que no es el que tienes más cerca". Y entonces la comunidad se renueva, no en el bullicio, sino en la soledad apasionada y heroica de quienes miden su responsabilidad política.

Los hombres se congregan *ut simul bene vivant*, en sociedades tanto más perfectas cuanto más capaces de conseguirles el cumplimiento de sus fines, cuanto más elevados éstos y cuanto más universal su ámbito. Hasta llegar a la sociedad política, la más perfecta en el orden temporal.

No necesitamos traer aquí los razonamientos que prueban la ne-

cesidad de *aliquia vis regitiva communis in corpore sit, quæ ad bonum commune membrorum intenderet*, la necesidad de la autoridad para que la sociedad no degenera en multitud. Aun en el estado de inocencia fuera necesaria: sino que entonces hubiera quedado en suave *officium consulendi et dirigendi*, según subraya San Agustín, sin la pesadumbre que ahora entraña.

Bien entendido, para consuelo de rebeldes, que esta pesadumbre la sentimos en cualesquiera autoridades, aun las más ligadas al orden afectivo, como la familiar, dado que son criaturas imperfectas quienes la ejercen, y que de suyo es penoso todo sometimiento. Aquí nos sale al paso un principio vital ineludible, el del dolor, dicho sea sin sombra de pesimismo. Realismo no más, permitidme la expresión. ¿Por qué iba a quedar el dolor fuera del ámbito político? ¿Por qué aguardar en la vida política una felicidad fácil, que hasta ahora no apareció, que yo sepa, en ningún sector de la vida humana?

La sociedad y la autoridad miran a la perfección de los hombres; el soberano, más que el dominio, ejerce el cuidado de la comunidad. *Gubernare est id quod gubernatur convenienter ad debitum finem perducere*. De ahí la responsabilidad del gobernante ante Dios, garantía política bastante más segura que las constitucionales o que la llamada responsabilidad ante la Historia. De ahí la noción de “servicio”, acuñada por nuestros tratadistas en tiempos de una Monarquía absoluta, pero no despótica: “No fué la institución del oficio real primariamente —escribe el P. Nieremberg— para que uno solo mande en todos, sino para que uno solo sirva a todos, siendo su defensor común”.

La sumisión humana no es sometimiento ciego, sino racional y libre. Ni cabe contradicción sistemática entre los fines individuales y los sociales. Surgirán pruritos egocéntricos, que nos tienten a abusar de los demás o a inhibirnos de su suerte. Pero, a poco que reflexionemos, y a poco que nos aleccione la vida, luego advertimos que el egoísmo, antes que pecado es miopía, y a la larga mal negocio; que la compenetración entre el bien común y el individual torna inocuo cualquier intento de salvar éste sin aquél.

Cuando enfocamos así la realidad social, vemos claramente que el Estado no es ni un monstruo ni una entelequia, sino, como ya dije, la institución de mayor ámbito en el orden temporal. Hombre e institución se desenvuelven en un juego de prestaciones mutuas; nuestra

personalidad, lejos de anularse, queda acuñada merced a las instituciones donde se inserta, y éstas reciben de ella su savia vital. “Todo hombre —advertía Víctor Pradera—, por miserable que sea su condición, es el centro de la sociedad, en cuanto que ésta es el medio para que alcance su destino; y a su vez todo hombre, por excelso que sea, es parte de la sociedad, por razón de su actividad”. Ya nuestros juristas clásicos cuidaron de advertir también que no somos cada cual mera parte de un todo, que el hombre no se ordena a la comunidad política según todo su ser, que nuestra personalidad, y nuestra libertad, por tanto, no puede en modo alguno quedar absorbida en el seno de la comunidad. Aunque quisiéramos nosotros, aunque la autoridad lo pretendiera. Precisamente lo característico de la tiranía es ese forcejeo inútil: no la absorción del individuo, que podría acabar, si quiera, en la paz de los sepulcros, sino la violencia, más o menos aparatosa, ante la imposibilidad de absorberlo.

Estamos —un español no puede soslayarlo— lejos del individualismo anárquico, pero dentro de ese individualismo cristiano que estriba en mantener hasta el heroísmo o hasta el martirio la propia dignidad: el heroísmo, cuando generosamente le ofrecemos a la comunidad todavía más de lo que en estricta justicia puede exigirnos; el martirio, cuando nos enfrentamos con el poder de acá por servir a una autoridad más alta. Permitidme que lo subraye. El genio hispánico, que reivindicó en Trento el libre albedrío —la libertad y la razón se han salvado siempre desde la Teología— no pudo jamás fletar una doctrina que oliera, ni de lejos, a panteísmo estatal, porque la gran empresa nuestra ha sido defender la dignidad del hombre: “la persona del *home* —rezan nuestras *Partidas*— es la más noble cosa del mundo”. Hasta en las cumbres de la gracia supimos mantener ese santo personalismo: mientras los místicos de otras latitudes han solido entregarse a derretimientos panteístas, los nuestros, un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa, al tratar de la unión mística, diríase que reivindican su ser y su libertad frente al propio Dios.

No cabe optar entre subordinación e independencia, sino entre ser miembro de una comunidad o pedazo anónimo de una multitud. Cuando Santo Tomás, de quien se ha dicho alegremente que no suscita problemas —sin duda porque escribía sin puntos suspensivos ni demasiados interrogantes—; cuando Santo Tomás advierte que *omnes aliquan parten habeant in principatu: per hoc enim conservatur*

pax populi, pone el dedo en esta llaga, que yo sólo he tratado de dejar abierta a la consideración de todos. Con perspectivas más optimistas de lo que pudiera parecer, en un mundo donde van fallando tantas ilusiones, tanto optimismo facilón.

Ningún hombre, y menos un cristiano —salvo que a la hora de filosofar reniegue de su Bautismo— podemos enfrentarnos con los acontecimientos políticos como si fuesen fenómenos cósmicos al margen de nuestra responsabilidad. Aquí tampoco valen falsas humildades. Nadie puede quedar en una indolente espera, teñida a veces de beato desasimiento, aguardando que pase la comunidad perfecta, para subir a bordo. La comunidad perfecta, mientras los hombres sean imperfectos, no pasará nunca. Pero cada uno de nosotros, allí donde nos encontremos, por ínfimo que sea nuestro puesto, aun en pleno naufragio, estamos obligados a ir convirtiendo la coexistencia en convivencia, en comunidad la multitud. A sabiendas de que hay un ideal inasequible; pero a sabiendas de que toda perfección y todo envilecimiento social comienza y acaba por el hombre de carne y hueso, más exacto, de cuerpo y alma.

La filosofía existencial ha reiterado en buena hora, con su peculiar acuidad y patetismo, el imperativo de hurtarnos enérgicamente al anónimo y a la trivialidad, a cuanto signifique despersonalización. Desde este ángulo, como desde el escolástico, comprendemos que la disciplina tiene personalísimos secretos, que es sumisión activa y no automatismo pasivo, que ser disciplinado no es perderse en el grupo como “uno de tantos”, con instinto de manada, sino poner nuestra persona, *sub conditione*, al servicio de la comunidad.

Sólo que este “quehacer tenso y constante”, este “lanzamiento aventurado” requiere un venturoso señorío de sí mismo, que uno, en su pobreza, sigue buscándolo en ciertos resortes paradójicos: en aquel *militia est vita hominis super terram*, que abre camino al *derelicti sumus in mundo*, glosado aquí magistralmente por el profesor Nimio de Anquín; en la fidelidad a un Ley suprema, que difícilmente eludiremos mientras no sacudamos nuestra condición de criaturas; en la proyección misma, *mutatis mutandis*, de las nociones de pecado y virtud; en la abnegación que, lejos de menguarlo, acrecienta nuestro ser y permite el sacrificio por el prójimo, incomprensible desde una dialéctica inmanente.

Sólo que ese abnegado lanzamiento tiene una salida luminosa: ¿la

angustia, envolviendo el tiempo del hombre en nieblas de muerte? ¿la gravitación de la nada, convertida en algo sustancial? No: la perfecta alegría contenida ya —aunque a algunos escandalice— en las sentencias del Eclesiastes; la vivencia de una ciudadanía humana trascendente, de una inmortalidad personalísima, exacta, litúrgica en la Ciudad de Dios, a salvo ya de todo hedor a multitud.